

METAFÍSICA DE LA PEREZA

Juan Evaristo Valls Boix



© Del autor: Juan Evaristo Valls Boix, 2021

© De la imagen de cubierta: María Medem

Montaje de cubierta: Camila González S.

Primera edición, febrero de 2022

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2022

Preimpresión: Moelmo

ISBN: 978-84-18273-74-2

Depósito legal: B 1587-2022

Impreso por Sagrafic

Impreso en España

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

Para Evaristo, de Electrodomésticos Aitona

¿Qué conseguiré? El estado más rico: el anterior
a la Creación.

STANISŁAW LEM, *Magnitud imaginaria*

ÍNDICE

Nota del editor	13
Exordio	19
Fundamentación de la metafísica de la pereza	25
Cansancio	45
Incompetencia	65
Vacación	77
<i>Interludio 1. Maisons de week-ends imaginaires</i>	93
Decreación	101
Sueños	123
<i>Interludio 2. Gonzalez-Torres, una imagen de la playa</i>	133
Huelga decir ()	145
Fiesta	167
Gratitud.....	175
Bibliografía	177

NOTA DEL EDITOR

Me encanta nadar, aunque nunca he conocido las técnicas de la natación. Bien pronto, los domingos, cuando la luz todavía no es amarilla, recorro la ciudad hasta bajar a la playa. Allí encuentro silencio, algunos lectores y paseantes con sus perros. Los más de ellos celebran su senectud. El resto aspira a celebrarla algún día.

Me desnudaba la última vez que acudí mientras perdía la vista en el mar. Un nadador solitario se complacía tumbado sobre el agua, mecido por las olas. Me sumergí y avancé hacia él a brazadas, con toda la lentitud que supe, con agua salada en la boca y en las orejas. Su calva octogenaria brillaba incandescente, sus ojos estaban cerrados, su rostro entremojado lucía una sonrisa leve, y pensé que así deben reír los durmientes, los estoicos, quienes han abandonado la gravedad o se han reconciliado con el olvido. Decir que estaba muerto, aunque fuera cierto, era un modo grosero de faltar a la verdad: los muertos se hunden con todo el peso de la vida que abandonan, este cuerpo flotaba en la superficie, tan lleno de aire, tan vacuo y tan gracioso, que por un momento quise trocar mis músculos entumecidos por la placidez de sus brazos, liberados al fin de la tensión y la fatiga. Desabroché la boya que llevaba atada a la cintura, la apreté a la mía, dejé al nadador vagando. Me retiré sin avisar a nadie.

He guardado como un extraño tesoro aquella boya fluorescente, y la miro de cuando en cuando en las noches de insomnio. Reluce imperturbable en el sillón en que me entregaba a la lectura, cuando aún tenía tiempo, los días en que podía pasarme horas enteras mirando a la pared y al polvo que iba cayendo sobre los muebles. Ahora soy adicto al teléfono, miro vídeos de cocina sobre recetas hipercalóricas, duermo con el ordenador sobre el vientre, veo series de asesinatos, deportistas y adolescentes. Todo eso en mi tiempo libre, cuando solo necesito estar disponible y revisar los mensajes cada pocos minutos. El resto del tiempo estoy trabajando en alguna oficina, pero he dejado de comprender la diferencia entre ambos tiempos, entre la libertad del tiempo y el tiempo que resta. A veces pienso que la vida está en otra parte. Nunca recibo más de dos o tres mensajes, suele ser mi madre, o una newsletter con noticias sobre la educación por competencias en el siglo XXI. En esos momentos, en que no entiendo nada, miro la extrañísima luz que desprende el material sintético de la boya. Imagino que levanto la cabeza del teléfono para mirarlo por hastío, y porque el material de la boya, según informa la marca que la fabrica, es de «alta visibilidad», para localizar a kilómetros algún cuerpo flotante, feliz o exhausto, a punto de hundirse en las fauces del océano o de elevarse, extrañamente, hacia ninguna parte.

Supe después por una vieja amiga que esas boyas son también mochilas en que el nadador guarda sus enseres personales para llevarlos consigo mientras nada y despreocupar-

se ante posibles hurtos. Comprendí entonces una paradoja que me había acompañado sin saberlo todas esas semanas de contemplación insomne: la boya de mi difunto amigo, que se hinchaba aún con el aire de sus pulmones y la saliva de su garganta, pesaba más que cualquier bolsa de oxígeno. Corrí agitado por las calles de vuelta a casa, celebrando la intriga y la perturbadora virtud de la ignorancia, que me había reservado para más tarde un botín, una historia, el tiempo regalado de algo que nos llama y a la vez se esconde. Solté los enganches, abrí la cremallera, saqué un bulto insulso envuelto en plástico. Ni llaves, ni cartera, ni la medicación habitual de un octogenario. Creo que aquel señor jubilado se había preparado para la despedida, porque había elegido llevarse consigo al último baño, envuelto en el aire caliente de sus pulsiones, moviéndose en la cavidad vacua de la boya, un conjunto de papeles manuscritos. No eran un testamento, pero sí la palabra de un muerto, al que sentí el placer irrefrenable de hacer hablar, ahora que ningún compromiso con la realidad podía amenazarle.

He leído durante las últimas semanas aquellos papeles. Aunque desordenados e inconexos, todos ellos cantan con igual parsimonia las delicias de la inacción. «Si queremos conquistar el horizonte, comencemos por alcanzar la horizontalidad», se lee en un apunte al margen. «Y si no queréis conquistar el horizonte, podéis permanecer tumbados haciendo el vago y sin esperar nada, y todo quedará resuelto», concluye con terquedad. Reconozco ahora —después, siempre después— que no había nada más obvio que un na-

dador escribiendo sobre la nada, que la natación es un simulacro discreto para recrearse en la ausencia de obra, tan peligrosa, tan temible, tan deseada. La lectura de este tratado fragmentario no me ha cambiado la vida, solo un libro de psicología aplicada podría hacerlo, pero me ha permitido desinflar la boya del difunto y guardarla en el armario, para así sentarme en el sillón y contemplar la devastación de una vida, la mía, que en su agitación y su estrés protocolario se ha tornado indiscernible de todos sus contrarios. He querido editarlo para prodigar la riqueza que uno encuentra en las cosas abandonadas, usadas y viejas.

Lectora, me disculparás por esta palabrería sin propósito. Saber hablar significa nunca poder hablar suficiente, decía un sabio, y yo trato de aprender a hablar, como aprendía a nadar, sin conocer las técnicas. Aquel manuscrito que ahondaba en la dilación y la incompetencia lo tienes ahora contigo, el fruto enigmático de la nada. He permitido que un profesor de Humanidades que conozco desde hace tiempo lo publique con su nombre, necesitaba puntos para constatar su importancia. Él me ha dejado firmar esta nota como editor, imagino que por gratitud, aunque él me ha explicado la conveniencia de incluir un sutil recurso de metaficción para excitar las opiniones y armar ruido. Si al final aspiro a quedarme flotando en medio de las olas con una calva deslumbrante y una sonrisa de durmiente, poco importa quién hable y quién firme. Después de todo, queda solo el vacío, y la playa, y algún cuerpo extraño agitado por el azar. Más me complace la desposesión que la propiedad.

Te dejo, pues, con esta pequeña ruina, que encontré nadando. Si te cansas de ella, siempre puedes abandonarla en una boya, para que otro flote con ella.

Tuyo y distante,

VÍCTOR LUDENS